Dolores Pilar García Agra
Premio Gonzalo Sánchez Vázquez 2026

Julio Rodríquez Taboada

Dolores Pilar García Agra «Pila» (Boimorto, 1960) ha sido la galardonada con el XIV Premio Gonzalo Sánchez Vázquez a los valores humanos en educación matemática. La propuesta, realizada por la Asociación Galega do Profesorado de Educación Matemática (AGAPEMA), ha recibido el apoyo unánime de la junta de gobierno de la FESPM.

Pila es licenciada en Matemáticas por la Universidad de Santiago (1984) y profesora de secundaria desde el año 1986. Ejerció la docencia en varios institutos de Galicia, siendo en el IES n.º 1 de Ordes (A Coruña) donde desarrolló su labor educativa durante más cursos. Su alumnado destaca la capacidad de Pila para acercarles los conceptos matemáticos con recursos, actividades y metodologías muy creativas y atractivas, su cercanía y disposición a ayudarles, tanto en el aula como fuera de ella, y su pasión por las matemáticas, pasión que en muchas ocasiones logró contagiarles.

Desde sus comienzos como profesora, destacó por su implicación y compromiso, lo que la llevó a buscar entornos profesionales en los que compartir



Figura 1. Dolores Pilar García Agra «Pila» agradeciendo la concesión del premio

y aprender con otros compañeros. Esto la lleva a incorporarse a ENCIGA, la sociedad de enseñantes de ciencias de Galicia, donde trabajó activamente en numerosas actividades dirigidas a alumnado y profesorado. Muchos de los que hoy compartimos su alegría por este premio la conocimos en esos años, colaborando en las primeras ediciones del *Rallye Matemático*, actividad que, al igual que *Matemáticas na Raia,* siempre fue una de sus favoritas porque promueve el trabajo colaborativo y compartido entre iguales, al estar dirigida a clases completas. Fue en esas reuniones para organizar y corregir las pruebas del rallye donde pudimos comprobar por primera vez su capacidad de trabajo y su generosidad.

En el año 2000 nació AGAPEMA, la Asociación Galega do Profesorado de Educación Matemática, en la cual Pila colabora y participa en numerosas actividades, principalmente en la zona de Santiago de Compostela. Fruto de esta implicación nacieron actividades como los *Paseos matemáticos* (Santiago, Tui, Ordes o A Coruña), *Matemáticas en la calle*, *Matemáticas na Raia*, hoy ya consolidadas y muy apreciadas por toda la comunidad educativa gallega.

Su implicación en la mejora de la educación matemática es difícil de igualar: a ella debemos la organización de la Semana Matemática en el IES n.º 1 de Ordes, que permitió a su alumnado disfrutar de conferencias y talleres de destacados miembros de la comunidad matemática. No contenta con ello, quiso acercar las matemáticas a todos los vecinos de la villa, montando una improvisada edición de *Matemáticas en la calle* un domingo cualquiera en la plaza principal del pueblo. Todas las personas que tuvimos oportunidad de participar en cualquiera de estas actividades pudimos comprobar, en las caras de su alumnado y de sus vecinos, cómo la ilusión de Pila se convertía en curiosidad, en interés, en actividad matemática, en aprendizaje.

A pesar del extenso currículum profesional de Pila, lo que la hace tan especial es su calidad humana, su generosidad y su capacidad para contagiar energía y entusiasmo, tanto a su alumnado como a los compañeros y compañeras. Resulta habitual verla en cualquier congreso o jornada rodeada por docentes más jóvenes, con los que comparte su saber, su experiencia y sus ganas de enseñar. Tal es su generosidad que, en el momento en que se jubiló como docente, todos sus amigos y amigas recibimos un enlace a una carpeta compartida con todo su material. Un regalo que muchos recibimos como un tesoro y una enorme muestra de cariño.

Todos los socios y socias de AGAPEMA estamos muy orgullosos de nuestra compañera, de seguir aprendiendo de ella y con ella a ser mejores docentes y mejores personas. Queremos también hacer llegar nuestro agradecimiento a las restantes asociaciones que conforman la FESPM por su unánime apoyo a nuestra propuesta.



Figura 2. Recogiendo el premio. De izquierda a derecha, Agustín Carrillo de Albornoz Torres (secretario de la FESPM), Teresa Núñez García (prima de la premiada), Julio Rodríguez Taboada (presidente de la FESPM) y César Docanto Vázquez (representante de AGAPEMA)



Figura 3. El público en pie aplaudiendo en el Aula Magna

A continuación, incluimos la intervención de agradecimiento de Dolores Pilar García Agra, Premio Gonzalo Sánchez Vázquez 2026, dirigida a los asistentes al acto celebrado el 3 de julio de 2026, en las XXII JAEM, en el Aula Magna de la Universidad de Jaén.

Buenos días.

Quiero comenzar dando las gracias de corazón por la concesión de este Premio Gonzalo Sánchez Vázquez, en especial a la FESPM y a mis compañeros y compañeras de AGAPEMA, por pensar en mí y creerme merecedora de este gran reconocimiento.

Recibirlo en las JAEM me produce una emoción difícil de expresar con palabras. Es, para mí que he pasado toda mi vida laboral en el aula, el honor más inesperado de mi carrera. Me siento profundamente agradecida y también, por qué no decirlo, un poco sobrepasada. Soy muy consciente de que muchos y muchas de los que me acompañáis hoy en este auditorio os merecéis este premio tanto o más que yo. Es precisamente eso, el sentirme reconocida por profesionales a los que admiro, lo que me hace sentir más agradecida. Además, sabéis de sobra que quienes nos hemos dedicado a la enseñanza solemos estar más cómodos al otro lado, entre el público —escuchando, aprendiendo y compartiendo experiencias—, que ocupando un lugar como este.

Cuando me comunicaron la noticia, tengo que confesaros que en un primer momento me asusté. Estuve toda la tarde y parte de la noche, nerviosa y muy inquieta; no acababa de creerlo. La incredulidad pronto dio paso a la preocupación por estar aquí arriba y ser capaz de condensar en este discurso todo lo que significa para mí este momento. Mi primer impulso al sentarme a escribirlo fue pensar en todas las personas con las que he compartido camino durante tantos años. Todos sabemos que una trayectoria profesional como la nuestra no se labra en solitario. Es una amalgama de encuentros, conversaciones, aprendizajes compartidos y de afectos que se van acumulando con el tiempo.

Por eso siento este premio como un logro colectivo, que pertenece también a mis compañeros y compañeras de profesión, a quienes trabajaron conmigo durante años en el instituto, a los amigos y amigas que encontré en AGAPEMA y en la FESPM.

Pero, sobre todo, pertenece a los cientos o me atrevería a decir que miles de alumnos y alumnas que pasaron por mis clases a lo largo de toda una vida dedicada a la enseñanza.

Cuando empecé a dar clase, nunca imaginé que un día estaría aquí recibiendo un premio.

Lo único que quería era ser una buena profesora. Y cuanto más tiempo pasaba en las aulas, más comprendía que esa es una meta imposible de alcanzar por completo, porque enseñar bien significa seguir aprendiendo siempre. Cada curso, cada grupo y cada estudiante son diferentes, lo que nos obliga a reinventarnos continuamente.

Prueba de ello son dos anécdotas de los últimos años que recuerdo con cariño:

La primera con una alumna de 3.º de ESO a la que yo estaba intentando convencer de que lo que estábamos estudiando no era tan difícil. Me miró con cara de pena y me dijo: «Para ti no, porque llevas las matemáticas en la sangre». Creo que dijo una gran verdad.

La segunda con un alumno de 2.º de Bachillerato que me hizo pensar que algo estamos haciendo mal. Empezábamos el tema de sistemas de ecuaciones y, entonces, dos alumnos que habían tenido matemáticas conmigo algún curso anterior, me dijeron: «¿Podemos crearlo nosotros?» Yo les contesté que sí, pero que ya sabían que luego tendrían que resolverlo, así que les convenía poner coeficientes cómodos. Un alumno muy alto, Eloy, que estaba en la primera mesa, me miró con cara de asombro y me dijo: «¿Cómo lo van a crear ellos? no son profes». Mis ex-alumnos comenzaron a decir ecuaciones, sin el término independiente, claro está, y Eloy no hacía más que decirles: «Os falta el igual». Los que estaban poniendo el sistema le dijeron con toda la chulería: «Eso luego, ¿cuánto quieres que valga *x*?». Y así a otros dos estudiantes más les preguntaron por el valor de las otras dos incógnitas. Cuando acabaron y resolvieron el sistema, Eloy me miró con cara de asombro y me dijo: «¿Entonces yo puedo crear un sistema?». Le contesté que sí, y me respondió: «Me has estropeado un mito, yo pensé que teníais en casa un libro muy gordo con muchos sistemas y estaba convencido de que eras muy lista, pero si yo puedo crear ecuaciones y sistemas…».

En mis inicios, en el año 86, las clases que impartía eran a semejanza de las que había recibido yo en mis años de instituto. Pronto comprendí que no era una buena opción, que debía cambiar algo para hacerlas más cercanas y asequibles al alumnado. Asistí a algún congreso y jornada y conocí a docentes que trabajaban de forma distinta, y supe que quería aprender de ellos. En el curso 92-93 me trasladé al IES Ordes y participé en un curso impartido por Coque, que recibió este premio en el 2013. Todos los que habéis tenido el placer de conocerle, sabéis que su ilusión y personalidad eran magnéticas. Tuve la maravillosa suerte de ser primero su alumna, y luego su amiga. Su amistad me marcó profundamente y me demostró que sí era posible cambiar la manera de enseñar, compartiendo conmigo ideas y materiales para hacerlo.

Las matemáticas eran las mismas, pero la forma de acercarlas a quienes tenía delante cambiaba una y otra vez. Creo que es una de las mayores riquezas de esta profesión, que nunca permite acomodarse del todo. Siempre nos recuerda que detrás de cada pupitre hay una persona distinta, con sus capacidades, sus dificultades, sus ilusiones y sus miedos.

A lo largo de los años he comprobado que la mayoría de las personas llegan a las matemáticas cargadas de prejuicios. ¿Quién no ha tenido estudiantes que opinaban que las matemáticas son una colección de reglas y fórmulas sin relación con la vida cotidiana? Y además, en muchos casos, convencidos de que jamás serían capaces de entenderlas.

Derribar estas barreras y mostrar que las matemáticas son mucho más que fórmulas es una parte importante de nuestro trabajo. Hacerles comprender que son una manera de pensar, una forma de buscar explicaciones, que son creativas, que nos ayudan a ser perseverantes y, sobre todo, y muy importante, una fuente de belleza. Siempre recordaré esos momentos en los que, después de simplificar una expresión larga y obtener algo sencillo, me quedaba admirando el encerado y decía emocionada «¡Qué bonito!», y a mi alumnado mirándome con cara de no creérselo y diciendo por lo bajo: «Ya está Pila con su belleza».

Nosotros sabemos que existe una belleza especial en una idea sencilla, en una demostración elegante o en una solución inesperada, pero también sabemos que esa belleza no siempre aparece a primera vista, que tenemos que ayudar a descubrirla, y muchas más veces de las que quisiéramos, aceptar que no siempre llegan a apreciarla. Ha sido una de las tareas más apasionantes que he afrontado en toda una vida como profesora. Si hoy echo la vista atrás, no recuerdo exámenes ni calificaciones; recuerdo rostros, conversaciones, preguntas sorprendentes… pero sobre todo esos momentos en los que un alumno o alumna que estaba bloqueado de pronto decía: «Ahora lo entiendo», o ver su cara de satisfacción cuando comprendían un concepto, una explicación u obtenían el resultado.

Creo que todos los docentes sabemos que esos instantes compensan muchas horas de esfuerzo. Son pequeños momentos que no aparecen en ninguna estadística, pero que dan sentido a nuestro trabajo. Pero os aseguro algo: algún día, años después, un antiguo alumno o alumna os parará por la calle o bien os escribirá un mensaje para deciros que aún recuerda aquella vez que le ayudasteis a analizar un problema desde un ángulo distinto, o a ver la belleza de esta materia. Esa es la verdadera medalla. El premio real es ese pequeño «clic» en la mente de un estudiante.

Gonzalo Sánchez Vázquez supo ver mejor que nadie que entender por qué algo funciona, o la elegancia de un resultado entre todos, hace que no solo aprendamos números, sino un lenguaje común que nos iguala a todos. Su legado no está solo en sus libros o en sus teorías, sino en esa invitación constante a no tener miedo al error. Él nos enseñó que, en matemáticas, equivocarse no es fracasar; es simplemente estar en el camino correcto hacia la pregunta adecuada.

Sé de buena fe que comparto esa enseñanza con todos los compañeros y compañeras con los que compartí tantos años de profesión y de vivencias, esos a los que hoy también quiero dar las gracias. Desarrollamos buena parte de nuestro trabajo solos en un aula, pero la realidad es que formamos parte de una comunidad. Todos nos apoyamos en las experiencias, las ideas y la generosidad de otros docentes, estén en la cercanía o en la distancia.

Y en mi caso esa sensación de comunidad ha estado muy presente gracias a AGAPEMA. Formar parte de esta asociación ha sido una de las experiencias más enriquecedoras de mi vida personal y docente. Me ha permitido conocer personas extraordinarias, aprender continuamente y comprobar que existe mucho profesorado comprometido, creativo y generoso que trabaja cada día para mejorar la enseñanza. Quiero darles hoy las gracias de una manera muy especial, porque muchas de las cosas que he podido hacer a lo largo de estos años han sido posibles gracias al trabajo compartido. Y gracias, sobre todo, porque la amistad que nace alrededor de una pasión común es uno de los regalos más valiosos que puede ofrecer esta profesión.

También quiero recordar a mis compañeros y compañeras del IES Ordes. Los centros educativos son lugares complejos, llenos de desafíos y de responsabilidades, pero también son espacios donde se construyen relaciones humanas que permanecen durante toda la vida. Tengo la fortuna de guardar un recuerdo y una amistad llenos de afecto de muchas personas con las que compartí tantos años de trabajo.

Por supuesto, quiero agradecerle a mi familia su apoyo constante. En especial a mi padre, que ya no está aquí, pero que nunca me puso ninguna cortapisa para hacer lo que más me gustaba. Siempre le agradecí el que no me confesara que le habría gustado que estudiara Medicina hasta que estaba cursando 4.º de carrera. Igual por complacerlo, hoy sería médica, pero estoy segura de que no sería tan feliz como lo he sido ejerciendo la docencia.

Un día uno de sus clientes —él era mecánico— le preguntó si era cierto que yo estaba estudiando Exactas. Mi padre le contestó que no, que estudiaba Matemáticas. El cliente le dijo: «Me alegro, pues dicen que los de exactas están un poco locos». Al mediodía mi padre me contó la conversación y yo le aclaré que era lo mismo. Mirándome me dijo: «Yo ya sabía que algo



Figura 4. Recogiendo el premio con compañeros de AGAPEMA

mal estabas…». Sé que hoy, viéndome feliz a mí, él lo estaría más.

Sabemos que nuestro trabajo no acaba al salir del aula cuando toca el timbre, nos llevamos el trabajo a casa, nos acompañan las preocupaciones, las correcciones, las actividades pendientes y también las alegrías. Por eso las familias forman parte silenciosa de nuestra trayectoria, y eso hay que reconocerlo.

Ahora que estoy jubilada, miro la profesión desde una perspectiva distinta: ya no tengo por delante un nuevo curso que preparar ni una programación que revisar. Doy cursos de formación cuando me lo solicitan y, sobre todo, sigo ayudando en todas las actividades de AGAPEMA en las que puedo ser útil, y disfruto especialmente de las de aspecto lúdico.

Sigo sintiendo que la educación es una de las tareas más nobles que existen. Trabajar con jóvenes significa trabajar con el futuro, confiar cada día en las posibilidades de las personas y creer que el conocimiento puede mejorar nuestras vidas y nuestra sociedad. Ese convencimiento sigue acompañándome y, por eso, todo mi apoyo en estos momentos tan difíciles para la enseñanza pública.

Quiero agradecer profundamente al jurado este galardón. Me hace sentir que el esfuerzo de tantos años —aquellas horas preparando materiales, aquellas discusiones apasionadas en los departamentos, aquellos cafés compartidos hablando de didáctica— han tenido sentido. Lo recibo con emoción y con gratitud hacia todas las personas que me han acompañado en el camino. Y de manera especial en este momento, rodeada de tantas personas que comparten la misma obsesión, esa «bendita locura» que es la enseñanza de las matemáticas, esa que hace tantos años tuve que confesar a mi padre. Sé que en esta sala todos y todas dedicamos mucho tiempo, energía y talento a ayudar a otros a aprender. Y también que gran parte de ese trabajo es invisible. Los reconocimientos son importantes y se agradecen profundamente, pero la verdadera grandeza de la enseñanza está en miles de pequeños gestos cotidianos que pocas veces reciben aplausos. Una explicación repetida por cuarta vez. Una actividad preparada con cariño. Una conversación con un estudiante que necesita confianza. Un esfuerzo extra para que nadie se quede atrás. Es ahí donde vive la esencia de nuestra profesión. Si durante mi trayectoria profesional he conseguido aportar una pequeña parte a esa misión compartida, me siento plenamente recompensada.

Venir desde Galicia hasta Jaén para recibir este premio ha sido un viaje físico, pero también un viaje a través de mi propia historia docente. Las JAEM son, en esencia, nuestra gran familia.

Termino con una convicción: las matemáticas nos ayudan a entender el mundo, pero los maestros nos ayudan a amarlo. Sigamos buscando, sigamos preguntando y, sobre todo, sigamos enseñando con la misma ilusión con la que empezamos.

Muchas gracias, de todo corazón, a todos y todas, por este honor y por compartir conmigo este momento.

Y gracias a Jaén por acogernos con este cariño.

Julio Rodríguez Taboada
IES As Barxas, Moaña (Pontevedra)
<juliortab@gmail.com>